

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Buscando un modelo

Autor/es:
Ruiz de Larramendi, Yolanda

Citar como:
Ruiz De Larramendi, Y. (1990). Buscando un modelo. Nosferatu. Revista de cine. (2):24-27.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40743>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Buscando un modelo
Yolanda RUIZ DE LARRAMENDI

Retadora y seductora al mismo tiempo es la hermosa mirada de Bacall en **Tener y no tener**. La pantalla se ilumina con su inteligente ironía, nunca mira de soslayo, sus cejas triangulares parecen responder a una actitud vitalista. Se le permitió que fuera un antídoto contra la estupidez a pesar de su inquietante belleza. Bacall consiguió encandilar a hombres y mujeres por sí misma. No sería nunca ni demasiado divina, ni sólo una *sex-symbol*, sería sencillamente la imagen de una mujer desenvuelta y autosuficiente.

Las imágenes estereotipadas de mujer que a menudo encontramos en la pantalla reflejan las aspiraciones y sueños de los hombres de cada época y se nos presentan como modelos que tendremos que aceptar con la dulce sumisión del "*hágase en mí según tu voluntad*".

El primer arquetipo creado por Hollywood fue el de "*la ingenua*" (Mary Pickford). La mujer asume el papel de reclamo erótico y pilar moral del hombre. Al final de la película se verá "*recompensada*", ya que se sirve como regalo al héroe que ha actuado con valentía.



Mary Pickford, la ingenua "novia de América".



Greta Garbo. "... Se presentaba distante y misteriosa, capaz de transgredir todas las normas, dejándose arrastrar por la pasión..."

Después llegaron *sex-symbols* como Jean Harlow ("la rubia platino", un cuerpo sinuoso y la sexualidad a flor de piel), Rita Hayworth y Ava Gardner y, por último, el gran mito erótico: Marilyn. La vida de la mayoría de ellas no es en absoluto envidiable; disociadas, rotas, llenas de neurosis, acabaron víctimas de la competitividad en un mundo implacable que las destrozaba una tras otra. Marilyn encarna la síntesis del *star-system*, nunca he comprendido cómo esa chica de calendario, con cara de ingenua y tontona se pudo convertir en una mujer turbadora, en un modelo que hoy todavía adorna las habitaciones de muchos adolescentes.

La "vampiresa" se diferencia de la anterior porque demuestra una intensa actividad erótica, es la mujer hecha para el placer, mujer de mala vida, asociada generalmente a papeles de grandes pecadoras: Salomé, Carmen, Cleopatra, etc.

La más conocida es Theda Bara, *vamp* creada por la Fox a quien anunciaban como "la mujer más perversa del mundo".

Este mito erótico se sustentaba por el castigo final al que es sometida ella o sus amantes. Como lección moral, el hombre debe aprender que no se puede estar tranquilo cerca de las mujeres, ya que su dulzura pronto se convierte en crueldad. Subyace en estas películas la idea de la mujer devorahombres y la consideración del sexo como expresión del mal.

Rodeada de lujosas escenografías encontramos a Clara Bow, muchacha de faldas cortas que, en su afán de emancipación sexual, se mete en frívolos enredos, provocando y tratando de seducir a hombres, por supuesto inmensamente ricos, modelo años veinte.

El prototipo de mujer fatal reemplaza al estereotipo anterior, una mujer que se destroza al mismo tiempo que su amante. No puedo olvidar a Marlene Dietrich, esa rubia de piernas largas, distante y fría con sus amantes, o a Greta Garbo, que supuso un giro radical, no era la ingenua ni tenía el gesto desmedido de las *vamps*. Se presentaba distante y misteriosa, capaz de transgredir todas las normas, dejándose arrastrar por la pasión. Ha encarnado el ideal femenino de muchos hombres y mujeres y me engañó durante algún tiempo, al fin pensé que había encontrado el modelo que tenía que seguir. De todas formas y para cerciorarme, pregunté a mis amigos qué pensaban de ella. La respuesta fue unánime: la Garbo estaba imponente, les fascinaba, pero..., siempre hay un pero, preferían soñarla, recrearla en la pantalla a tenerla cerca. Inmediatamente me llegaba la voz de alerta; si un día llegara a parecerme a ella, ¿dónde encontrar un hombre que no se inhibiera, que no me dejara en las alturas o me encerrara en casa? Tampoco este modelo era el mejor.



Marilyn. "la síntesis del star system".

“...El orgasmo femenino se mostraba siempre como un espectáculo, la cámara se dirigía al rostro de la mujer y escuchábamos los grititos de rigor, escenificación, parodia del goce...”



Simone de Beauvoir me ofrecía una explicación de la mujer-objeto, en su libro “El segundo sexo”:

“El maquillaje, las joyas, sirven también para esa petrificación del cuerpo y del rostro. La función de los adornos es muy compleja, tiene en algunas tribus primitivas un carácter sagrado; pero su rol habitual es el de terminar la metamorfosis de la mujer en ídolo. Ídolo equívoco: el hombre la desea carnal; pero debe ser también lisa, dura, eterna como la piedra. El papel de los adornos consiste en hacerle participar más íntimamente de la naturaleza y al mismo tiempo desligarla. La mujer se convierte en planta, pantera, diamante, nácar, mezclando con su cuerpo pieles, joyas, conchas y plumas. Pinta su boca para darle la solidez inmóvil de una máscara; su mirada se aprisiona tras el esplendor de la sombra y el rímel... En la mujer adornada, la naturaleza está presente pero cautiva, modelada por la voluntad humana según el deseo del hombre. Una mujer es mucho más deseable cuando su físico está más desarrollado y más rigurosamente sometido: es la mujer «sofisticada» la que ha sido siempre el objeto ideal.”

Los años 70 traen a la pantalla el *hardcore*, y con él llegó el escándalo. Para unos, la pornografía significaría el caos, la decadencia de esos valores eternos. La definirían como un erotismo grosero. Para otros, la pornografía sería un soplo de aire fresco que vendría a terminar con el puritanismo sexual y se mostraría como una escuela de técnicas sexuales.

Y yo, pensando que cualquier infracción del código puritano puede asimilarse a una actitud subversiva, asistí a esas salas X, buscando el gozo, el placer. ¡Una vez más se me podía llamar ingenua! Todo lo que encontré fue una escenificación del deseo del hombre, eso sí, visto ahora en primer plano un baile de tetas, culos, penes, lenguas, bocas; y no era ese el juego que habría de estimular mis sentidos, no aprendí a escuchar a mi cuerpo. Cuando el cuerpo de la mujer se movía, lo hacía al ritmo que le imponía el falo. El orgasmo femenino se presentaba siempre como un espectáculo, la cámara se dirigía al rostro de la mujer y escuchábamos los grititos de rigor, escenificación, parodia del goce; y aprendí otra lección: el simulacro del placer, la cara desencajada que tendría que mostrar cada vez que mi pareja lo exigiera. La escena era fácil, pero a mí no me gustaba.



“... un baile de tetas, culos, penes, lenguas, bocas... Cuando el cuerpo de la mujer se movía, lo hacía al ritmo que le imponía el falo...”